

D.F. Wall

*La vida era una piedra que lentamente
se iba gastando y afilando.
Raymond Carver*

No acostumbro a entrar si no hay clientes, balbucea un vagabundo borracho en mitad de la acera, en mitad de la nada. Un tipo común entrega su cartera horterera al vagabundo que se gana la vida vendiendo estampitas de la Santa Muerte en Ciudad de México. El tipo parece decirle algo al vagabundo, pero en Ciudad de México el aire es ruido. Todo es ruido. Llueve, un extraño diluvio, como si un sicario te arrancara la piel a tiras, la cocinara con saliva, la engullera, y, finalmente, vomitara sobre tu cara un platillo volante. Junto al vagabundo que anota sin atisbo de poesía el número 4533 en la cara palmar de su mano izquierda, hay un niño de diez años gritando *papá*. Hay dos cosas invisibles en Ciudad de México: los ángeles y los vagabundos. Puede que haya una tercera: los tipos comunes que se mueven en el espacio-tiempo dentro de coches comunes y secuestran a gente común. También hay una cuarta: los aullidos. Y una quinta: las lunas de neón.

No puede decirse que los maleteros de los malos estén sucios. Que falta aire y esperanza y un santuario con todos los dioses nuevos y antiguos, eso sí puede decirse, como también puede uno maullar a una luna con forma de bala y disparar entre lágrimas que los malos tienen machetes muy afilados, de esos que cortan estrellas.

El tipo tenía claro que los cuellos de los fulanos que aparecían en la lista eran más blandos que las estrellas. Esas tonterías que le vienen a uno a la cabeza cuando lo meten en un maletero y le dicen que el único mexicano bueno que existe vive fuera de México, concretamente fuera del mundo. Mencionan a Pancho Villa e inventan chistes sobre bigotes que arden. Añaden entre carcajadas, que suenan como relámpagos que explotan en los retretes del metro, que agradecen la buena caligrafía de la lista, pero el sentido común les obliga a incumplir el contrato (hablan de papeles que mueren en chimeneas o de papales mojados como pañales). Con los niños usamos cañón, los machetes para los putos, indica un hombre feo como el diablo mientras rocía el maletero de gasolina.

Reza, piensa que los esbirros de Manuel González, el Guillotina, son buena gente, pero no lo saben. Creo en Dios, se dice. Tiene la intuición divina de que los vagabundos son ángeles, excelentes canguros, humanos anónimos imposibles de rastrear. Lloro como un niño. Abre el jodido maletero. Se ha roto el quinto dedo del pie. El desierto de Sonora es insonoro. Piensa en todas las cosas sin sonido del mundo y se ve reflejado en los ojos de su hijo, que desaparece en la lejanía como uno de esos sueños maravillosos que nos abandona al lavarnos la cara.

Un niño de diez años cruza la frontera mexicana hacia Estados Unidos de la mano de un vagabundo. El vagabundo viste como un ciudadano común, así que nadie, salvo nosotros, sabe que es un vagabundo que cruza la frontera mexicana. El niño le dice que no piensa ganarse la vida vendiendo estampitas de la Santa Muerte.

El vagabundo guiña un ojo. El niño le dice que nunca había visto a un tuerto guiñar un ojo. El vagabundo le dice que los tuertos traen buena suerte. Los jorobados, señor, corrige el niño. Ves esa montaña, será de nuestro lugar sagrado, nuestro punto de partida, nuestro Edén fuera del Edén, dice el vagabundo encendiendo un pitillo partido a la mitad. Es sólo un muro, señor.